

Comentario sobre las lecturas

Domingo 4 después de Pentecostés. Propio 8. Junio 28 de 2009. Ciclo B.

Primera lectura: Lamentaciones 3:23-33

Salmo: 130

Epístola: 2 Corintios 8:7-15

Evangelio: San Marcos 5:21-43

Como bien sabemos, el año 586 a.C., marca un hito muy importante en la historia de Israel; por supuesto que demasiado triste, pero de todos modos muy importante; se trata de la caída de Jerusalén. Los babilonios la habían asediado desde tiempo atrás y en este año cae vencida, su muralla es destruida, su templo saqueado e incendiado y la clase dirigente, comenzando por el rey, su familia y la corte, son desterrados, llevados presos a la capital del imperio, Babilonia.

Habría que imaginar el impacto tan profundamente doloroso que causó para los fieles de aquel tiempo estos acontecimientos; para nosotros pasan quizás desapercibidos porque no tenemos idea de las creencias y convicciones de los israelitas de aquellos tiempos. Jerusalén para ellos era lo máximo, “el ombligo del mundo”; Dios mismo era su fundador, allí tenía su morada y él en persona la defendía. Así que a un creyente convencido de esto, no se le pasaba por la mente que Jerusalén podía caer en manos enemigas, a no ser que por los pecados del pueblo, Dios decidiera entregarla para castigar así a los infieles y desobedientes creyentes.

Tanto en la mentalidad profética como en la popular, esto último fue lo que sucedió; Dios se cansó de las infidelidades de sus hijos y “tramó” todo aquello para castigar a su pueblo infiel. Esta es la lectura desde el punto de vista de los creyentes y eso es lo que refleja la primera lectura que escuchamos hoy tomada precisamente del libro de las Lamentaciones, una obra literaria que se atribuye comúnmente a Jeremías que fue testigo ocular de los acontecimientos del 586 y que, entre otras cosas, había anunciado ya en su predicación.

Lamentaciones es una larga elegía o canto fúnebre, compuesta por cinco poemas en forma de lamento que refleja el duelo por Jerusalén y la suerte de sus hijos e hijas. Evidentemente, en el trozo que leemos hoy, hay varios elementos que hoy son inaceptables a menos que todavía pretendamos mantener ese aspecto alienante de la religión; es decir, aceptar que todo -tanto el bien como el mal- proviene de Dios y que, por tanto, al creyente sólo le queda sufrir, aguantar y “poner la otra mejilla” a los golpes, para ver si de algún modo atrae la compasión divina.

Es inadmisibles que hoy todavía haya quien desde el púlpito predique la resignación pasiva ante los males físicos y morales que permanentemente nos sobrevienen, y lo que es peor que se enseñe que “todo” proviene de Dios, que así Dios “prueba” nuestra fe, y cosas así por el estilo. Esa es la dimensión abiertamente alienante de la religión –de todas las religiones- que se convierte en vía fácil para quienes sí saben aprovechar esa ingenuidad en fuente de beneficios de toda índole. ¿No fue esa -para citar un solo caso- la justificación de los abusos de toda la época colonial, del esclavismo... tan cercanos todavía en el tiempo a nosotros? ¿No será esa la justificación y el freno para que todo un continente que dice ser cristiano, permanezca todavía impávido ante las nuevas formas de imperialismo y colonialismo que padecemos hoy en día?

Justamente, el mensaje del evangelio de este domingo es una muestra de que ningún tipo de orden que desmejore la calidad de la vida es querido por Dios y, menos aún, enviado por él. Es tan acrítica a veces nuestra fe que somos capaces de creer en un Dios que suponemos es el autor y sustentador de la vida, pero al mismo tiempo creemos que él mismo “manda” las enfermedades, la muerte, la mala suerte... Pues no. Ni las enfermedades, ni el dolor, ni la muerte provienen de Dios porque sería una contradicción y en Dios no hay ni puede haber contradicción. Otra cosa es que nosotros

confiemos a Dios nuestros dolores y enfermedades y le roguemos en nuestras oraciones que mire con misericordia nuestras situaciones, y otra cosa muy distinta es que creamos que este dolor, esta pena, este sufrimiento me lo ha enviado él para probarme o para castigarme por mis pecados. Eso jamás.

Quienes tenemos como ministerio el consuelo, la fortaleza, la esperanza, la liberación de las conciencias, por favor, no demos más cabida a esas ideas, hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para sacarlas de la mente y las conciencias de nuestra gente.

Como acabamos de decir, es justamente lo que busca el evangelio, apartar esa idea de que el ser humano tiene que resignarse ante el dolor y el sufrimiento. Hay dos relatos entrecruzados y justamente tienen que ver todos dos con mujeres, la una mayor y la otra apenas una niña. Es significativo que el evangelista subraya que la mujer llevaba doce años padeciendo un mal y que había sufrido mucho en manos de médicos y que, además, había gastado toda su fortuna sin obtener ninguna mejoría. Pero aún así, la mujer, que no es nombrada, es anónima, sigue perseverando, ella sabe que su realidad tiene que cambiar, ella no se resigna y sigue buscando el medio que le restituya su salud y bienestar; está convencida de que ese no es el estado que Dios quiere para ella; por eso se atreve a lo inimaginable, aún sabiendo que su estado de impureza legal puede contaminar todo lo que toque, se atreve a mezclarse con todos los que rodean a Jesús para llegar hasta él y tocarle al menos el borde de su manto, y ahí encuentra justamente la realización de lo que ella ha esperado por tanto tiempo.

La reacción de Jesús, aunque aparentemente es dura, en el fondo es la concreción de lo que la mujer esperaba y del signo que Jesús ha querido obrar para restituir esta mujer a la vida. Ella es el símbolo de todas las mujeres de su tiempo y de todas las que por siglos habían tenido que soportar la marginación, la exclusión y el anonimato; cuando ella habla delante de Jesús, aunque temblorosa y asustada, no sólo es porque ha recuperado su salud, también ha recuperado su dignidad de mujer, su justo lugar y función en la sociedad. Jesús le ha permitido recuperar la palabra, su voz; ella es ahora María, Margarita, Lupe, Juana, Luisa.... todas las mujeres que, por ser hijas de Dios, tienen que ocupar su lugar en la sociedad con altura y con dignidad, libres de todo aquello que las hace ver como ciudadanas de segunda y tercera categoría.

Y en esa misma clave hay que leer el relato de la niña que Jesús arrebató a la muerte. Es una niña que, apenas empezando a vivir, ya está muerta, no cuenta para nadie, también está "destinada" a la exclusión, al anonimato... Tal vez por ello el evangelista entrelaza los dos relatos para leerlos simultáneamente, la mujer adulta que ha buscado por todos los medios superar su realidad trágica, y la niña que tendrá que recorrer ese mismo camino.

Aunque en el primer caso, no hay directamente una intervención de Jesús, de todos modos el evangelista subraya que en él está la vida y por tanto los signos de la muerte tienen que desaparecer del entorno donde está Jesús; en el segundo caso, él mismo toma a la niña, la levanta y la devuelve a la vida pese a que se burlaban de él porque no creían que él pudiera transformar aquella realidad.

El gran desafío para nosotros hoy, es descubrir cuáles son los signos de muerte que nos rodean, mirarnos a nosotros mismos y ver si nuestra acción evangelizadora transmite vida o no. Sabemos que hoy también hay actores sociales muy vulnerables como la mujer, los niños, los inmigrantes... ahí tenemos que preguntarnos cómo convertirnos en fuente de vida desde nuestra fe y nuestro compromiso con el Evangelio. Roguemos al Señor de la vida que nos haga también a nosotros transmisores permanentes de vida nueva en nuestro mundo.